

sí para aliarnos unas veces con unos, otras con otros, recibir su apoyo, y de este modo conquistar para nuestros reyes estos dominios, que es mi mision, y extender en ellos la religion cristiana, que es la vuestra.

—Oído todos, dijo á los que estaban presentes, esta es mi resolucion, y si no quereis que considere vuestra actitud como una desobediencia, es necesario que acateis en todo mis intenciones.

Hoy somos amigos de Guacanajari, amistad le debemos: como amigo quiere que le trateis.

La entereza con que habló Colon y las razones políticas que habia dado, convencieron á los soldados y obligaron á los eclesiásticos á conformarse con la resolucion del almirante.

## CAPITULO XLVI.

### Visita de Guacanajari á la escuadra española.



Las noticias que habia Recibido Guacanajari acerca del gran número de buques que habia llevado Colon aquella vez, le hacia arder en deseos de cumplir cuanto ántes la palabra que habia dado al almirante de ir á visitarle.

Por otra parte, sabia que á bordo de los buques estaban encadenados algunos caribes, y como para ellos los habitantes de las islas que acababa de explorar Colon eran los enemigos más temibles y formidables que podia haber en la tierra, contemplar los prisioneros era un goce que nunca habia disfrutado.

Mejorado de su herida, aunque todavía resintiéndose de ella, fué con su comitiva el dia señalado á visitar la escuadra.

El almirante habia dispuesto que los buques se formaran en línea, así es que ocupaban un gran espacio en el mar, y ofrecian á primera vista un cuadro sorprendente.

Los indios, que se habian asombrado al ver por la primera vez á Colon que llegaba á sus costas con dos carabelas, no podian ménos de contemplar con admiracion aquel crecido número de buques, y aquella multitud de hombres armados que, pudiendo destruirlos con el rayo, se complacian en ser sus amigos y en tratarlos con la mayor bondad.



Subió á la carabela del almirante, y allí ofreció Colon un banquete en su honor á los indios.

Despues, para satisfacer su curiosidad, les enseñó minuciosamente el buque, por medio del intérprete les explicó las piezas de que constaba, y en un momento dado hizo que todas las embarcaciones disparasen los cañones, cuya detonacion no pudieron oír sin estremecimiento sus huéspedes.

Pero lo que más sorpresa, lo que más admiracion causó á Guacanajari, fué la presencia de los indios caribes.

Aquellos hombres feroces tenian en los piés pesadas cadenas, y estaban amarrados al palo mayor de la *Marigalante*.

A pesar de saber que estaban prisioneros, y que los defendia de su ferocidad los españoles, el mismo Guacanajari y los que le acompañaban retrocedieron al descubrirlos.

¡Tal era el miedo que la sola mirada de aquellos bárbaros les infundía!

El prestigio que adquirieron los españoles á sus ojos por haber dominado á los caribes, fué inmenso.

¿Cómo habian de dudar un solo instante de la superioridad de aquellos hombres, ni de la proteccion que pensaban dispensarles, cuando por de pronto habian subyugado á sus mayores enemigos?

Aún quedaba más que ver á Guacanajari.

Colon quiso proporcionarle el espectáculo de las plantas y frutos y de las diversas razas de animales que llevaba á bordo para aclimatarlas en la isla, y solo puede darse una idea de la curiosidad, del interes que aquellos objetos despertaban en los indios figurándose la admiracion que causan en el aldeano que llega por la primera vez á la corte las tiendas, los paseos, los edificios, los objetos que en todas partes se aparecen á sus asombrados ojos.

Lo que más entusiasmó á Guacanajari fué los caballos.

Nunca habia visto cuadrúpedos de tan elevada talla, y no se cansaba de admirar el volúmen de aquellos nobles animales, su fuerza y su docilidad.

Colon le prometió llevar á la isla cuanto acababa de ver, y Guacanajari y los indios, prorumpiendo en gritos de alegría, se consideraron los habitantes más felices de la tierra.

Era tal la sensacion que aquel espectáculo habia producido en el rey de Haití, que se olvidó de sus penas, borró de su memoria la imágen que tanto habia llorado, y ni se acordaba de la desastrosa derrota que habia sufrido.

Dando tregua á sus padecimientos:

—Aún me protege Vagoniana, exclamó; aún no ha caído la maldicion sobre mí; aún aguardan dias de prosperidad y de engrandecimiento á mi reino.

Colon aprovechó las circunstancias para comunicar á Guacanajari sus propósitos.

—Si considerais nuestra venida como un buen augurio, le dijo, si creéis que pueden contribuir á vuestra prosperidad todos los objetos que habeis visto; si nuestra compañía os es grata, yo os aseguro en nombre de los reyes mis señores que nunca nos apartaremos de vuestro lado, viviremos en vuestra compañía, edificaremos casas más sólidas que las vuestras, os inculcaremos los principios de nuestra religion; en una palabra, difundiremos entre vosotros la civilizacion de nuestra patria y os haremos felices defendiéndoos de vuestros enemigos.

Guacanajari escuchó estas palabras con vivas muestras de satisfaccion.

Pero un butio que le acompañaba como su más fiel consejero, el venerable Ainibac, frunció el ceño al oír aquellas proposiciones, y pasando su mirada inquieta y recelosa por todos los españoles, concibió un temor que no tardó en comunicar á Guacanajari.



Antes de despedirse del almirante para volver á tierra, mandó Colon llamar á diez indias que habia librado de la esclavitud arráncandolas de las manos de los caribes en la Guadalupe, mujeres de peregrina belleza y naturales la mayor parte de la isla de Boriquen ó Puerto Rico.

Aquellas mujeres eran el término medio entre la raza india y la Europea.

Participaban de la belleza de una y otra raza.

Su color no era cobrizo ó pálido sino moreno, pero sonrosado.

Sus grandes ojos tenían la luz de los trópicos, y al mismo tiempo la suavidad y la dulzura de los de las mujeres del Norte.

Sus formas eran esbeltas y no tenían su rostro ni manchaban sus brazos con las pinturas que servian de adorno á los indios de Haiti.

Iban ademas cubiertas con cendales de algodón tejido, y en el cuello llevaban una especie de collares de cuentas encarnadas.

Su cabellera, suelta siempre, era negra y sedosa.

Casi todas ellas, para la recepcion que tuvo el almirante á bordo, se adornaron con cintas y otros objetos que les habian regalado los españoles.

Una de ellas, más inteligente y más bella que las otras, parecia dominarlas, y fué la que se presentó primero al llamamiento de Colon.

Su idioma no era el mismo que el de Guacanajari; pero existia entre ellas y los indios mayor facilidad de comprension que entre los españoles y los habitantes de Haiti.

Los españoles habian dado á aquella mujer el nombre de Catalina, y algunos de los oficiales se habian recreado en su hermosura

Pero Colon habia dispuesto que no saliesen de la carabela

capitana, y allí las custodiaba y las tenia bajo su proteccion, colmándolas de beneficios, porque se proponia volver con ellas á la isla de donde habian sido robadas, y queria que en ella pudiesen hacer de él los mayores elogios, captándose las simpatías de los naturales.

Catalina habia inspirado una pasion vehemente al indio predilecto de Colon, al habitante de Guanahani que le habia acompañado á España, que habia sido bautizado con el nombre de Diego, y que volvia á su lado sirviéndole de intérprete.

Apénas fijó sus ojos Guacanajari en Catalina, sintió un estremecimiento en todo su sér.

Parecia que con sus miradas aquella india habia encendido de pronto una hoguera en su pecho.

El amor latió de nuevo en el corazon del soberano de Haiti.

—Tú serás reina de mi reino, dijo á Catalina al despedirse de ella.

Diego escuchó estas palabras y las guardó en su pecho.

Colon comprendió lo que habia pasado, y pensó que aquella inesperada pasion podia servirle de mucho.

Los indios volvieron á tierra, y Colon, seguro ya de que contaba con su amistad, llamó á los capitanes para tratar con ellos de la colonizacion de la isla.

Aún debia sufrir mucho ántes de realizar sus designios.

Aún las circunstancias debian venir á dar la razon al padre Boil y á presentar á Guacanajari á los ojos del almirante como un traidor.

El amor, como siempre, desempeñó en aquellas circunstancias el principal papel.